

# HOMESICKNESS

Carlos Ayala-Gómez <sup>1</sup>

*A mis padres*

Explorando otros idiomas podemos toparnos con palabras cuya propuesta semántica parezca no tener equivalente en nuestra propia lengua.

Desde su acuciosa visión, nos los planteó así una joven profesora de inglés a quienes asistíamos por entonces a la escuela peruano-británica. Había escrito en la pizarra el vocablo *HOMESICKNESS*, debajo, desmembrándolo *Home -Sickness*, y ya, volviéndose hacia nosotros sostuvo que, de resultas de enfrentar las ideas de “hogar” y “enfermedad” se denotaba un sentimiento próximo al pesar, a veces hondo pesar que experimenta aquel que se halla lejos de su hogar. No concluyó sin antes confiarnos su aprecio por esta palabra y algunos detalles de su infructuosa búsqueda en pos de una afín en lengua española.

Retorné a casa abstraído en palabras, cotejándolas, intentando alcanzar una correspondencia certera con aquel sufrimiento agobiante de quien reclama su hogar, sentimiento hasta ese momento ajeno a mí, no vivenciado.

Descarté prontamente, a causa de su generalidad, las voces melancolía, añoranza y nostalgia; algo después, escudriñando el diccionario de la Real Academia apareció *morriña* y creí estar frente a una revelación, aun cuando me resultaba un término desprovisto de eufonía.

Sin embargo, la revelación no fue tal, *morriña* noticia la nostalgia por la tierra natal, con ello, transita la periferia de *homesickness*, circunda su realidad, pero no se apodera de ella.

Una curiosidad creciente me lanzó a indagar en otros idiomas, del francés emergió la expresión *mal du pays*, asimilable sin dificultades a *morriña* pues enfatiza la añoranza del país natal; del italiano rescaté *nostalgia di casa* que contempla el sentimiento buscado, pero requiere de una locución, de una agrupación de palabras. El alemán me concedió un sucedáneo impecable, *Heimweh*, que sin duda satisface, en lengua germana, la significación perseguida.

Hasta este punto había realizado un ejercicio intelectual desde la distancia de las ideas; no obstante, el conocimiento íntimo de un sentimiento exige residencia en la experiencia, ello habría de iniciarse algún tiempo después.

---

<sup>1</sup> Máster en Derecho Corporativo. Lima, Perú.

Periódicas estancias de estudios en el extranjero me alimentaron de sensaciones y, con ello, manifestáronse ciertos rasgos de este sentimiento que oprime a quien le urge volver, intentaré exponerlos sirviéndome de las vicisitudes de mi último viaje.

A inicios de febrero de 2020 partí hacia España llevando conmigo desde Perú la serena emoción de ampliar mi formación académica en la escuela de derecho que años atrás ya me había acogido como alumno. Me aguardaba en Madrid mi novia, quien semanas atrás se había trasladado a esa ciudad como parte de un programa de becarios.

Restaba una semana para el inicio de mis clases, apoyado en estadías previas, estimé contar con el tiempo suficiente para instalarme y definir una suerte de enclave, un microcosmos a mi medida que integrara -el orden es deliberado- una librería, una taberna, una panadería y un supermercado; luego, debía memorizar la ruta hacia la escuela, que siempre recorrería a pie; y, la ruta hacia el Parque del Retiro, escenario ideal para el deporte pedestre.

Fijando esta última ruta conocí la Cuesta de Moyano, un paseo peatonal que da posada a una nutridísima feria de libros, organizada en casetas, a cargo de distintos libreros siempre dispuestos a compartir una charla lúcida.

Madrid late en sus calles, expresa su voz en sus cafés, en sus bares, en sus coches de metro, cada hablante construye una parte del gran guion general.

Hacia fines de febrero el denominado Covid-19 se fue instalando en la plática cotidiana, se percibía un riesgo inminente, paralelamente, los rostros empezaron a portar mascarillas y, las miradas, recelo.

La pandemia llegó y la escalada fue vertiginosa, se dispuso la inmediata suspensión de clases. A los estudiantes extranjeros se nos ofreció, en condiciones favorables, una breve visita a Portugal, mi novia y yo decidimos aceptar la propuesta, con el equipaje esencial y algo más de una hora de vuelo, aterrizamos en Oporto por la mañana.

Por la tarde nos ocupó una larga conversación desplegada a lo largo de la ribera del Duero. Evaluamos el retorno a Perú, por prematuro lo desestimamos, además de dejar trancos nuestros estudios, conllevaría descaminarnos, defraudarnos y defraudar a nuestras familias, en el camino nos interceptó un oficial de policía, quien nos informó que toda Europa cerraba sus fronteras internas a la medianoche.

Desconcertados tuvimos que adquirir sin dilación, billetes de tren a Coímbra, ciudad de donde partía el último tren a Madrid. Tras la ventanilla, el taquillero me solicitó, incrédulo, que repitiera el destino de mi viaje, volví a decir Madrid, viéndome a los ojos me extendió lentamente los billetes como quien entrega una sentencia adversa.

Llegamos a Madrid, la estación de Atocha está desolada, nos reciben policías y personal de sanidad, acreditamos nuestro lugar temporal de residencia, camino a ella, nos ensordecen las sirenas de las ambulancias, nos turba la imagen de la gente agolpada en las puertas de los supermercados, nos inquieta esperar un ritmo afiebrado, una atmósfera tétrica.

Llegamos a casa, recibo la llamada de mis padres, me reconforta, en un momento de la conversación se desliza con sigilo el maullido de uno de mis gatos, tengo el alma rasgada, escribo desde una herida que no consigo restañar.

Mi novia deja toda la decisión en mis manos. Frente al ordenador, completo las solicitudes de vuelos de repatriación a cargo del Consulado Peruano. Antes de enviarlas, reviso con cuidado toda la información consignada, en el anexo de información sanitaria figura un recuadro donde se declaran las enfermedades que el solicitante padece.

En mi ficha he escrito lapidariamente:  
*HOMESICKNESS.*

CORRESPONDENCIA:  
leyente1@hotmail.com

Fecha de recepción: 15-08-2020.  
Fecha de aceptación: 30-08-2020.